

[77]

A CRISTO EN LA CRUZ

SONETO

LXXIII

¡Oh vida de mi vida, Cristo santo!,
 ¿adónde voy de tu hermosura huyendo?,
 ¿cómo es posible que tu rostro ofendo,
 que me mira bañado en sangre y llanto?

A mí mismo me doy confuso espanto 5
 de ver que me conozco y no me enmiendo;
 ya el Ángel de mi guarda está diciendo
 que me avergüence de ofenderte tanto.

Detén con esas manos mis perdidos 10
 pasos, mi dulce amor; ¿mas de qué suerte
 las pide quien las clava con las tuyas?

¡Ay Dios!, ¿adónde estaban mis sentidos,
 que las espaldas pude yo volverte,
 mirando en una cruz por mí las tuyas?

[78]

A LA BEATA MADRE TERESA DE JESÚS

SONETO

LXXIV

Bajaba del nubífero Carmelo
 la sabia esposa de Nabal tirano
 al ocursio del Rey, que airado en vano
 la ofrenda acepta y el piadoso celo.

Del mismo baja, y aun del cielo al suelo, 5
 pues baja de Alba el sol, del monte al llano
 Teresa ilustre, cuya lengua y mano
 templó las iras del airado Cielo.

Desenójase Dios por la piadosa
 ofrenda de los frutos que le ofrece, 10
 hijos de su oración maravillosa.

El mundo muere en ella, el monte crece,
 y como reina en Dios, de Cristo esposa,
 en el carro abrasado resplandece.

[79]

A SAN JUAN EVANGELISTA,
 POR LOS IMPRESORES

SONETO

LXXV

Águila, cuyo pico soberano
 bañado en las corrientes celestiales
 osó tocar los cándidos umbrales,
 que apenas mira el pensamiento humano;

Fénix, a quien el bárbaro tirano 5
 pensó abrasar las alas inmortales,
 de cuyo fuego a nueva vida sales,
 la pluma de oro en la divina mano;

estima los afectos que recibes
 del arte de imprimir, cuando resumas 10
 la grandeza del Verbo, con quien vives;

pues de tu pluma han hecho tantas plumas,
 que eternamente escriben lo que escribes,
 y de tu suma innumerables sumas.

[80]
A SAN SIMÓN, CARMELITA

SONETO

LXXVI

El ave santa, en cuyo pico asido
vio el mundo el ramo de la paz humana,
y a cuyos pies el cielo de Diana
sirve de trono, aunque de sol vestido,

con más suave y más sutil sonido 5
que el aura al Alba envuelta en nieve y grana,
batió bañada en dulce tramontana
las alas de oro al carmelita nido.

Simón, nuevo Eliseo, pastor santo, 10
adorando la Fénix del Carmelo,
«Éstas», —dijo—, «serán las alas mías».

Asió la fimbria del celeste manto,
formando entre los dos escala al cielo,
hasta que vuelva de su carro Elías.

[81]
A SAN DIEGO DE ALCALÁ

SONETO

LXXVII

¡Qué bien se echa de ver, divino Diego,
que en Alcalá estudiasteis teología,
pues tan divina cátedra se os fía,
desde adonde enseñáis letras de fuego!

¿Mas cómo sois tan sabio, si sois lego, 5
 pues dos maestros disputando un día,
 de tantos argumentos la porfía
 controvertida resolvisteis luego?

Teólogo salisteis admirable
 de un libro, cuyas hojas milagrosas 10
 hacen que un alma en todas ciencias hable;

y entre las que sabéis maravillosas,
 mirad si sois filósofo notable,
 pues hacéis entender que el pan es rosas.

[82]

A SAN JUSTO Y PASTOR

SONETO

LXXVIII

La madre de las ciencias, donde a tantos
 verde laurel por únicos publica,
 dos corderos al cielo sacrifica,
 primicias ya de innumerables santos.

Bárbara mano entre dichosos cantos 5
 hierro cruel a su marfil aplica,
 y la ribera de sus plantas rica,
 himnos al Cielo ofrece en vez de llantos.

Henares, lastimado de que dentro
 de sus términos Roma entrar procura 10
 saliéndole dos niños al encuentro,

rompió la margen, y la sangre pura
 bebió a la tierra, y retirado al centro
 le dio en arenas de oro sepultura.

[83]
A SANTA ENGRACIA

SONETO

LXXIX

Fue célebre Jahel, porque la frente
a Sisara pasó con atrevida
mano y el clavo de la fuerte herida
segunda piedra del pastor valiente,

y Engracia santa, porque heroicamente 5
la tierna suya, de laurel ceñida,
al clavo de un tirano dio rendida,
será también famosa eternamente.

Quiso imitar a su querido esposo, 10
y aunque él murió con tres, y ella tenía
uno solo en el tránsito dichoso,

los dos que le faltaron aquel día
tuvo en el corazón tan amoroso,
que blanco de sus clavos parecía.

[84]
A SAN LAMBERTO

SONETO

LXXX

Divino labrador, honor de España,
que a pesar de la bárbara fiereza,
trujisteis en las manos la cabeza,
por no morir en la heredad extraña,

el ejército muerto, la montaña 5
 de cuerpos trancos, tanta fortaleza
 admira y da lugar a la riqueza
 del vuestro, insigne por tan alta hazaña.

Muertos responden a quien habla muerto,
 y la patria de tales ciudadanos 10
 de muro a muro a ser sepulcro viene.

Dichosa Zaragoza por Lamberto,
 que tiene su cabeza por sus manos,
 y ella su cuerpo por cabeza tiene.

[85]

AL HERMANO FRANCISCO DE ALCALÁ

SONETO

LXXXI

De vos se queja la pobreza humana,
 Francisco, aunque conoce el santo celo
 que desde que os subisteis al Carmelo
 lloran por vos las puertas de Altozana.

Si de la vida activa, humilde y llana, 5
 a la contemplativa alzáis el vuelo,
 vivid en Alcalá, mas quiere el Cielo
 infundiros su ciencia soberana.

No son simpleza e ignorancia agravios,
 para vuestras costumbres de importancia, 10
 si el Cielo purifica vuestros labios,

pues sois de aquellos para más ganancia,
 por quien dijo Agustín que a los más sabios
 le quita de las manos la ignorancia.

[86]
A LA VISITACIÓN

SONETO

LXXXII

El cabello tendido por el manto,
que humilde el sol para corona estima,
María llega a que en su prima imprima
amor los brazos, que ella baña en llanto.

«Bendito el fruto de tu vientre santo», 5
—dice Isabel a su querida prima,
y ella responde: «Mi humildad sublima
Dios, que por ella me engrandece tanto».

El monte se conmueve a su alabanza,
y los pastores tan alegremente, 10
que reventaba por hablar un mudo.

Juan de contento salta, baila y danza,
que el maestro que entonces tiene enfrente,
es el más primo que tocarle pudo.

[87]
A SAN ANTONIO DE PADUA

SONETO

LXXXIII

Antonio, si los peces sumergidos
en el centro del mar para escucharos
sacan las frentes a los aires claros,
y a vuestra viva voz prestan oídos,

los que vivieren de razón vestidos, 5
 y más quien por la patria debe amaros,
 a la dulzura de esos hechos raros,
 ¿qué mucho que suspendan los sentidos?

Ya con el Niño Dios, José segundo 10
 parecéis, en los brazos, y Él se ofrece
 en figura de amor: ¡qué amor profundo!

Tanto se humilla y tanto os engrandece,
 que porque parecáis tan grande al mundo,
 Dios tan pequeño junto a vos parece.

[88]

A SAN CRISTÓBAL

SONETO

LXXXIV

Pusieron los armígeros gigantes
 un monte en otro por subir al cielo,
 que la soberbia que produce el suelo
 engendra pensamientos semejantes;

Mas cuando de sus fúlgidos diamantes 5
 tocar pensaron el celeste velo,
 cayeron con Nembrod, y el fuego en hielo
 sepultó sus cervices arrogantes.

Vos, gigante divino, de otro modo 10
 subís al Cielo, sin que el paso os tuerza
 para alcanzarle la que más le impide,

pues le tenéis sobre los hombros todo,
 que aunque el reino de Dios padece fuerza
 no la consiente a quien sin Dios le pide.

pero como a la fe se le descubren,
 conoce el alma que te vio la esposa,
 pues dijo que eras blanco y encarnado.

[91]

LXXXVII

Dios mío, sin amor ¿quién pasará?,
 algo ha de amar quien hombre al fin nació;
 tres cosas que Tú dices hallo yo
 en que todo el amor resuelto está:

amarte a ti cualquiera lo dirá, 5
 ¿qué scita, qué indio bárbaro no amó
 al Dios que le sustenta y le crió,
 y el aire en que respira y luz le da?;

pues al amigo en ley de amor se ve, 10
 ¿tengo de amar al enemigo? Sí,
 que pues que Tú lo mandas, justo fue.

Dichoso aquél, mi Dios, que te ama a ti,
 en ti al amigo con honesta fe,
 y al enemigo por amor de ti.

[92]

A LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO

SONETO

LXXXVIII

Con presunción de bélico soldado,
 galán sale y feroz Pablo atrevido,

que si agora en la cuenta no ha caído,
caerá muy presto del primero estado.

¿Adónde, Pablo, de soberbia armado 5
para quedar con una voz vencido?
Seguid las letras; ¿dónde vais perdido,
que habéis de ser doctor del mayor grado?

Aunque valor vuestra persona encierra, 10
no es bien que nadie contra Dios presuma,
que dará con los ojos por la tierra.

La Iglesia espera vuestra docta suma:
mirad que no sois vos para la guerra;
dejad las armas y tomad la pluma.

[93]

LXXXIX

¿Cómo podré, Señor, querer quereros
cuanto deseo por poder serviros?,
¿qué lágrimas, qué afectos, qué suspiros
derramaré, tendré, daré por veros?

¿Qué requiebros diré para moveros 5
y de tantas ofensas divertirlos?,
¿cómo podrá mi alma recibirlos,
siendo tan imposible mereceros?

¿Cómo las tiernas quejas que os envío, 10
podrán, Jesús dulcísimo, obligaros?,
mas ¿qué os pregunto yo?, ¡qué desvarío!

Amaros quiero ya, no preguntaros,
porque el modo de amaros, Jesús mío,
Bernardo dice que es sin modo amaros.

[94]

XC

Nuevo ser, nueva vida, aliento nuevo,
Señor, os debo ya, pues reducida
mi vida a Vos es otra nueva vida,
de tal manera que me hacéis de nuevo.

De nuevo el alma de esta vida os debo, 5
aquélla con la sangre redimida,
y ésta con la piedad, pues de perdida
al resplandor de la verdad la llevo.

Nada era ya la vida que apartada 10
se vio de Vos, Señor, ¡qué triste estado!,
luego ha sido otra vez de Vos criada.

De la nada, Señor, me habéis sacado
a nuevo ser, que si el pecado es nada,
en nada me volví por el pecado.

[95]

XCI

Si quise, si adoré, ¡qué error terrible!,
hermosura mortal, ¿cómo ignoraba
la tuya celestial, pues me enseñaba
lo invisible, Señor, por lo visible?

Tu gloria, eterno Dios, incorruptible, 5
cuando ídolos humanos fabricaba,
como gentil y bárbaro trocaba
en imagen del hombre corruptible.

¡Ay, Dios, y cuán oscuro que tenía 10
entonces mi turbado entendimiento,
sin ver la luz en la mitad del día!

¿Qué excusa te dará mi sentimiento?,
pero con tu piedad la más tardía
halla en tu pecho dulce acogimiento.

[96]

DE RAQUEL Y JACOB

SONETO

XCII

Bajaba con sus cándidas ovejas
por el valle de Aram Raquel hermosa,
el oro puro y la purpúrea rosa
mezclando las mejillas y guedejas;

ellas lamiendo a la canal las tejas,
y ella mirando el pozo cuidadosa,
anticipose a levantar la losa
el que fue mayorazgo por lentejas.

5

Bebió el ganado caluroso, y luego
diola beso de paz, y por despojos
lágrimas que lloró perdido y ciego.

10

Muy tierno sois, Jacob. ¿Tan presto enojos?
Sí, que en llegando al corazón el fuego,
lo que tiene de humor sale a los ojos.

[97]

DE ABRAHAM

SONETO

XCIII

Sentado estaba el Padre de las gentes
a los umbrales de su casa un día

[99]
DE ISAAC Y REBECA

SONETO

XCV

Formando Batuel castillos de oro
en los camellos árabes gigantes,
y sobre los asirios elefantes
de las doncellas el honesto coro,

parte Rebeca por mayor tesoro 5
que plata y oro e índicos diamantes,
ganados y pastores circunstantes
desde la blanca oveja al rubio toro.

Isaac adelantándose al camino 10
viole la honesta virgen, y del manto
hizo rebozo al rostro peregrino.

Ejemplo para el alma, Esposo santo,
que cuando vos venís en Pan divino,
se cubra de humildad a favor tanto.

[100]
A SANTA GETRUDIS

SONETO

XCVI

Getrudis, siendo Dios tan amoroso,
que está en el hombre por amor ardiente,
y el hombre en Él, no es mucho que aposente
tan abrasado corazón su esposo.

Amor le ha dado en vos dulce reposo, 5
 que allí quiere vivir y estar presente,
 que nadie amara y estuviera ausente,
 si fuera como Dios tan poderoso.

Si a quien pregunta al mismo Dios que adónde
 le podrá hallar, después del blanco velo 10
 «en vuestro santo corazón» —responde.

Custodia sois, mientras gozáis el suelo,
 y pues que todo Dios en él se esconde,
 mayor tenéis el corazón que el Cielo.

[101]

A SAN ÁNGELO, CARMELITA

SONETO

XCVII

Ángel, a gran peligro os arrojasteis
 cuando a decir verdad os atrevisteis,
 supuesto que al Bautista parecisteis,
 cuando con tal rigor la predicasteis.

Notable ejemplo a los demás dejasteis, 5
 luz sobre monte y no lisonja fuisteis,
 que puesto que del púlpito caísteis,
 al Cielo envuelto en sangre os levantasteis.

Ángel fue el gran Bautista, si en la vista
 y en la verdad le sois tan semejante, 10
 y en hábito tan pobre y tan estrecho.

Ángel, no es mucho, pues murió el Bautista
 por decir la verdad, que un ciego amante
 por la misma ocasión os pase el pecho.

[102]
 A SAN JOSÉ CON JESÚS DORMIDO
 EN LOS BRAZOS

SONETO

XCVIII

José, ¿cómo podrá tener gobierno
 el tiempo de quien Padre y lumbre ha sido,
 si en los brazos tenéis al Sol dormido,
 pues tiene vida por su curso eterno?

Aunque sois cuna de su cuerpo tierno 5
 del alba virginal recién nacido,
 despertadle, José, si tanto olvido
 no le disculpa vuestro amor paterno.

Mirad que hasta los ángeles espanta 10
 ver que se duerma el Sol resplandeciente
 en la misma sazón que se levanta.

Dejad, José, que su carrera intente,
 porque desde el pesebre a la cruz santa
 es ir desde el Oriente al Occidente.

[103]

XCIX

No espanta al sabio, ni ha de ser temida
 la muerte que amenazan varios casos,
 y por la brevedad de nuestros pasos
 no puede estar muy lejos de la vida.

El sueño es una muerte, aunque fingida, 5
 que tiene como el sol tantos ocasos:

de tierra son nuestros mortales vasos,
con poco golpe quedará rompida.

La vida fue muy justo que estuviese
en esta suspensión, porque en concierto 10
el temor de la muerte nos pusiese.

Por eso hizo Dios su fin incierto,
para que mientras más incierto fuese,
más cerca nos parezca de ser cierto.

[104]

EL ALMA A SU DIOS

SONETO

C

¿Cuándo en tu alcázar de Sión y en Bet
de tu santo David seré Abisac?,
¿cuándo Rebeca de tu humilde Isaac?,
¿cuándo de tu Josef limpia Asenet?

De las aguas salí como Jafet, 5
de la llama voraz como Sidrac,
y de las maldiciones de Balac
por la que fue bendita en Nazaret.

Viva en Jerusalén como otro Hasub,
y no me quede en la ciudad de Lot, 10
sabiduría eterna, inmenso Alef.

Que tú, que pisas el mayor Querub,
y la cerviz enlazas de Behemot,
sacarás de la cárcel a Josef.

[105]

LAS LÁGRIMAS DE LA MADALENA

Los bellos ojos y el desdén tirano,
 en gracia y hermosura peregrino,
 que mataron mejor de amor humano,
 y lloraron mejor de amor divino;
 aquel metamorfóseos soberano 5
 de un alma oscura a un ángel cristalino,
 hoy deseo cantar, si puede el canto
 en números poner tan tierno llanto.

Tú, que por las riberas del Leteo
 ibas, Fílida bella, descuidada 10
 del tiempo y del castigo, y al deseo
 dando la vela de la edad dorada,
 ya que en la senda celestial te veo
 de aquel bárbaro amor desengañada
 (que no es poco admitir los desengaños, 15
 hermosa perdición en verdes años),

oye el santo ejemplar, la imagen mira,
 portentoso milagro de hermosura,
 de aquella que te enseña y que te inspira
 en tal noche de error lumbre tan pura. 20
 Si la frágil memoria se conspira
 contra tu intento y en las armas dura,
 Fílida, aquí las hallarás divinas,
 corriendo a este retrato las cortinas.

Los dos con atención mirar podemos, 25
 tú la vana hermosura y yo el engaño,
 pues entonces de error fueron extremos,
 como agora lo son de desengaño.
 Aquí el ejemplo de llorar tenemos,
 y la distancia del provecho al daño, 30
 que esta luz, este bien y este consuelo
 dejó a los hombres la piedad del Cielo.

Antes seis días de la Pascua vino
 a Betania Jesús, donde fue muerto
 Lázaro, a quien el mismo Rey divino 35
 volvió segunda vez del alma al puerto.
 En agradecimiento del camino,
 por muchas partes áspero y desierto,
 mientras que Marta la comida ordena,
 lavar sus pies propuso Madalena. 40

Y como ya parece que sabía
 el camino de entrar a verse en ellos,
 precioso nardo, que mezclado había
 con lágrimas de amor, vertió por ellos.
 Y como el cielo por los pies tenía 45
 asirle pretendió con los cabellos,
 que entre las plantas del Cordero santo
 hicieron ondas por el mar del llanto.

A la Ocasión la Antigüedad pintaba
 que al Amor los cabellos ofrecía, 50
 y aquí María a la ocasión le daba,
 porque con los cabellos la cogía,
 de suerte que de Dios asida estaba
 con lo mismo que preso a Dios tenía,
 que quiere Dios, cuando a ofrecerse viene, 55
 hallar de qué tener al que le tiene.

Como la condición de Dios sabía,
 y el interés de dar uno por ciento,
 en ungirle también ganó María,
 si en los cabellos se volvió el unguento. 60
 Llevó de más el precio que tenía,
 de que tuviera envidia el cielo atento,
 viendo los pies del Sol en sus cabellos,
 pues hizo entonces paralelos de ellos.

El árbol de la vida, Cristo santo, 65
 de aquella vara santa producido

del almendro de Aarón, no estaba tanto
 como está agora de la tierra asido.
 Que agora que su amor, ¡notable espanto!,
 de su cuerpo y su sangre instituido, 70
 dejó tan alto sacramento al suelo,
 ¡tan grande vive en él como en el Cielo!

María, pues, con sus cabellos de oro
 parece que le puso las raíces
 al árbol santo cuyo fruto adoro, 75
 en una rama, aunque de dos matices.
 Bajad aprisa del celeste coro
 a desatar, espíritus felices,
 los pies de vuestro Rey, que Madalena
 con lazadas de amor los encadena. 80

Pero poned el pensamiento en calma,
 y el curso detened, ángeles bellos,
 que los nudos de amor de Dios y el alma
 los ángeles no pueden deshacellos.
 La Esposa dijo: «Subiré a la palma»; 85
 pues si es Cristo la palma, y los cabellos
 son las raíces de su planta amena,
 ¿cómo a la palma baja Madalena?

¡Ay divina humildad!, ¡qué bien se ha visto
 que el modo de subir es descendiendo, 90
 pues como yedra por los pies de Cristo
 a sus divinos brazos vas subiendo!
 Acuerdo fue de tu valor previsto
 irte a los pies, y en ellos asistiendo
 hacerte cielo y ángel, si escabelo 95
 son de sus pies el serafín y el cielo.

Discreta fue también buscando en ellos
 principio al bien en Cristo persuadida,
 que ponerle María sus cabellos
 fue hacer sus pies cabeza de su vida; 100

también el llanto de sus ojos bellos
 fue para ver la luz del Sol vestida
 del velo humano, porque desde el suelo
 se ve bien en las lágrimas el cielo.

Cual suele ver los rayos eclipsados 105
 del sol en agua el que a su luz aspira,
 así de los de Cristo disfrazados
 Madalena en su llanto la luz mira.
 La memoria otra vez de sus pecados
 la mueve a llanto, y en sus pies suspira, 110
 cuando la vez primera diligente
 con dos fuentes buscó su viva fuente.

La casa toda el nardo aromatiza,
 los convidados sienten la fragancia,
 y al falso apóstol la codicia atiza 115
 con la imaginación de su ganancia:
 «Aquesta perdición desautoriza,
 pues fuera para pobres de importancia,
 nuestro Maestro», —dice—, «y mejor fuera
 que para repartirlo se vendiera». 120

No porque la limosna le tocaba,
 ni de los pobres la piedad movía,
 mas porque fue ladrón, y lo que hurtaba
 en ocultos bolsillos escondía.
 ¡De cuántos hoy, que la piedad alaba 125
 cubriendo la piedad de hipocresía,
 se extiende con fingido y tierno pecho
 toda su caridad a su provecho!

Tú, pues, a quien pesaba de que ungiese
 precioso nardo el pie que el Cielo adora, 130
 ¿qué fin tener pudiste, que no fuese
 el que la tierra vitupera agora?
 ¿Por qué te lastimó que se le diese
 a las plantas que el sol con besos dora?,

aunque mejor diré que del tesoro
de sus divinos pies recibe el oro. 135

«Si siempre entre vosotros la pobreza
tendréis, no a mí, dejadla, —Cristo dice—,
«para que el día de mayor tristeza
mi sepultura pobre solemnice»; 140
mas como convidada la grandeza,
a quien ninguna duda contradice
del milagro de Lázaro, la gente
entrose por las puertas diligente.

No venían a ver a Cristo vivo, 145
sino a Lázaro que antes vieron muerto:
¡oh error de los mortales excesivo!,
¿en qué puede parar tu desconcierto?
Al que le dio la vida, pueblo altivo,
no miras, siendo Dios, como Dios cierto, 150
y el hombre a quien la dio tu engaño mira:
¿más el milagro que el autor te admira?

Entra la desigual canalla junta,
y entre los convidados le señala;
cuál dice: «Aquél de la color difunta», 155
a quien Jesús con su persona iguala;
cuál, admirado, desde afuera apunta,
sin tocar los umbrales de la sala,
y cuál de las cabezas por encima
la mano descortés al otro arrima. 160

«¿Que éste murió?», —decía algún anciano
que bañaba el temor las venas frías;
«¿que ya probó el dolor del fin humano,
y se vio sin el cuerpo cuatro días?»,
«¿quién pudiera tocarle con la mano?», 165
—otro decía—, «aunque las dudas mías
no son de que ya vive, pues es cierto
que yo le vi por estos ojos muerto».

Tal replicaba: «¡Oh, quién saber pudiera
 lo que pasó mientras difunto estuvo, 170
 que apenas el ingenio considera
 adónde y de qué suerte se entretuvo!».
 La Aurora entonces a la voz primera,
 que de las aves en la tierra tuvo,
 vestida de celajes al Oriente, 175
 coronada de luz sacó la frente.

Ramos de oliva y de laurel desgajan
 los que en Jerusalén entrar le vieron;
 otros que al vencedor las palmas bajan,
 en ellas para verle se subieron; 180
 mas cuanto en esta fiesta se aventajan,
 tanto en su muerte presurosos fueron:
 concilios hacen, y Jesús vendido,
 de quien era alabado fue escupido.

Ya de su injusta muerte el pregón suena; 185
 ya lleva sobre el hombro el cetro santo;
 ya el Ave celestial, de gracia llena,
 va llena de dolor, congoja y llanto.
 Sus pasos va siguiendo Madalena,
 que puede tanto amor padecer tanto, 190
 con tan tierno llorar que parecía
 que sólo por sus culpas padecía.

«¡Ay» —dice—, «mi Jesús!, si yo pensara
 ver este triste y lamentable día,
 la vida, el alma en vuestros pies dejara, 195
 mas ¿quién donde vivió morir podía?
 Si se puede de Vos volver la cara
 por consuelo a los ojos de María,
 quien los mira por Vos en tanto duelo,
 más busca su dolor que su consuelo. 200

»¿Es posible, Señor, que os han traído
 a tales pasos los que di perdida,

que siendo, como sois, el ofendido,
vais a ofrecer vuestra inocente vida?
Yo que de vuestra muerte culpa he sido 205
debo pagar la pena merecida,
no Vos, que siendo la inocencia propia,
la pena es desigual, la muerte impropia.

»Paso no he dado en mis errores vanos,
que en los que agora doy, no se me acuerde. 210
¡Oh loca vanidad de los humanos,
que el límite mortal de vista pierde!,
¡oh, vida, oh breve flor, que entre las manos
quitada apenas de su planta verde
trueca el color!, ¡oh frágil esperanza, 215
que nunca centro ni descanso alcanza!

»Mi Dios, ¿en qué pensé cuando tenía
por ídolo mi rostro, de manera
que comenzara en mí la idolatría,
si en la primera edad nacido hubiera? 220
Lejos estaba la memoria mía
de imaginar que de esta suerte os viera,
porque a pensar en vuestro rostro santo,
fuera mi espejo eternamente el llanto.

»Si os viera, ¡oh mis dulcísimos amores!, 225
ceñida la cabeza de este espino,
no ataran mi cabello resplandores,
el oro puro y el diamante fino;
ni me vistieran telas de colores,
si yo os imaginara, Rey divino, 230
vestido de esa púrpura sangrienta,
que con la que vertéis color aumenta.

»¿Qué cadena, Señor, pusiera al cuello,
si con ese cordel os retratara,
ni del terso marfil lustroso y bello 235
con su igualdad entonces me burlara?

Cuando me enamoró vuestro cabello,
 no presumí que a tanto mal llegara,
 que aquellas hebras que venera el Cielo,
 gozara el aire y el indigno suelo. 240

»Llevome a veros mi querida hermana,
 y llevome también loco deseo
 de ver, mi Dios, vuestra hermosura humana,
 de quien me prometí mayor trofeo;
 y cuando la presencia soberana, 245
 de quien desea hacer divino empleo
 el querubín más alto, vi tan bella,
 quedé rendida y admirada en ella.

»Miré los ojos bellos celestiales,
 que como soles infundiendo vidas, 250
 debajo de esos arcos orientales
 penetraban las almas escondidas;
 de la divina boca los corales,
 como suelen estar recién nacidas,
 con las perlas del alba matizadas, 255
 a medio abrir las rosas encarnadas.

»La garganta, Señor, también miraba,
 que el más cándido mármol excedía,
 y la mano bellísima, que daba
 con cualquier movimiento luz al día; 260
 mas como del cabello me preciaba,
 pensaba yo que hermoso le tenía:
 en él puse mejor los tiernos ojos,
 y allá se me quedaron por despojos.

»Luego propuse yo con mis cabellos 265
 enamoraros por los pies, mi vida,
 pues por los ojos, con los vuestros bellos,
 quedé yo entonces por el alma asida;
 que así era bien diferenciarse de ellos,
 ya que por los cabellos fui rendida; 270

que lo que para amores y despojos
 en Vos es pies, en Madalena es ojos.

»Mas no pensaba yo, Cordero mío,
 que osara asir con atrevida mano
 esos cabellos el furor impío 275
 de aquel soldado bárbaro romano.
 Es la cabeza ya sangriento río,
 y no se templa, ¡oh ciego error humano!,
 que asiendo la ocasión por los cabellos,
 haya ventura que se pierda en ellos. 280

»¡Oh quién pudiera agora, vida mía,
 con parte de esas puntas coronada,
 tenerla en vuestra Cruz!, mas, ¡qué osadía!,
 pero no es el dolor tan corta espada.
 Traspase mis entrañas este día, 285
 y, como en sangre, en mi piedad bañada,
 haga el efecto con su filo agudo,
 que la verdad en vuestra carne pudo.

»Que ya me va, Señor, crucificando
 el alma en ese leño el amor nuestro, 290
 de suerte que con ella voy probando
 lo que ha de padecer el cuerpo vuestro.
 Primero voy sus brazos ocupando
 con el afecto y el dolor que muestro,
 de suerte que presume el sentimiento 295
 que va delante a haceros aposento.

»La sangre que vertéis, ¡oh Rey divino!,
 no sé cómo la pisan plantas viles,
 y no se humilla el cielo cristalino
 a engastar su riqueza en sus viriles. 300
 El Salvador de los profetas vino,
 el cielo llovió ya perlas sutiles,
 mas si para agua se ha de abrir la tierra,
 ¿cómo esa sangre soberana encierra?

»¡Oh camino mortal de mis enojos! 305
 ¡oh dulce Esposo con la verde palma!,
 lo que vais con los pies, voy con los ojos,
 y lo que con los ojos, con el alma.
 Bien sé que por quitalle los despojos,
 que en la infernal caliginosa calma 310
 tiene el oscuro Rey del hondo Averno,
 vuestro imperio os oprime el hombro tierno.

»Mas no puedo dejar de lamentarme
 con tan mortales ansias y suspiros,
 viendo que no me llevan a matarme, 315
 que quisiera morir para seguiros.
 ¿Cómo podré sin Vos, mi Esposo, hallarme
 enseñada, Señor, a recibiros
 en mi pobre castillo y en mi pecho,
 que a no haber almas os viniera estrecho? 320

»¡Ay, Dios!, si al fin de esa mortal carrera
 a Betania llegaran esas plantas,
 y allí posada Madalena os diera,
 y llorara otra vez lágrimas tantas,
 ¡qué dichosa, Señor, mi boca fuera, 325
 si regalara vuestras carnes santas,
 y envolviera los pies en los cabellos
 que hicisteis sol cuando os limpié con ellos!

»Mas no, mi bien, amor me desatina;
 id a morir para que viva el hombre, 330
 pues vuestra santa humanidad camina
 adonde pueda levantar su nombre,
 que levantado en esa Cruz divina
 para que el fiero Capitán se asombre,
 el mundo sanará de la cicuta 335
 que la posteridad de Adán enluta».

Esto decía Madalena santa
 cuando llegando al monte el Verbo eterno,

tirado del cordel por la garganta,
 tienden sobre la cruz su cuerpo tierno. 340
 Apenas enclavado se levanta
 y aire, sol, cielo, tierra, mar e infierno
 se conmueven de ver que su Autor muere,
 cuando también morir a sus pies quiere.

Mas ya que los de Cristo no alcanzaba, 345
 al de la Cruz humildemente asida,
 mientras Cristo santísimo esperaba,
 inmensas veces le prestó la vida.
 Su Virgen Madre al lado diestro estaba
 a un éxtasis divino remitida; 350
 Juan al siniestro y Madalena hermosa
 en medio de los dos toda llorosa.

Alzó los ojos a la Sierpe santa
 del metal de la Virgen palestina,
 y anudada la voz en la garganta, 355
 al blanco Cisne así la voz inclina:
 «Dulcísimo Jesús, en pena tanta
 desmaya el alma, el corazón declina
 a la parte mortal, que el sentimiento
 corta el discurso del vital aliento. 360

»¿Cómo pueden, Señor, los ojos veros,
 y al dolor atrevidos contemplaros?
 mas fuéronlo también para ofenderos,
 y como a su perdón quieren miraros. 365
 Volved esos clarísimos luceros,
 más que las luces de los cielos claros,
 que os llama aquella oveja fugitiva
 que en vuestros hombros conducisteis viva.

»¡Oh hermoso entre los hombres!,
 [¿quién os puso
 con tal fealdad?, ¿cuál insolente mano 370
 la proporción divina descompuso,
 que organizaba vuestro velo humano?

Agora sí que estáis como óleo efuso,
y del cabello al pie sin tener sano
algún lugar, que sirva de sagrado 375
a un cuerpo tan deshecho y lastimado.

»Vida del alma, que animar solía
el corazón de vuestra Madalena,
¿cómo queréis partiros sin la mía,
y me queréis dejar con tanta pena? 380
Esposo, de los cielos alegría,
la cara, que los dora y los serena,
eclipsa al sol, sus cursos interrompe,
turba los aires y las piedras rompe.

»¿No solíades Vos quietar las olas 385
del fluctísono mar?, pues ¿qué es aquesto?,
todos os dejan padeciendo a solas,
el cielo se ha cubierto, el sol se ha puesto,
mas bien será, pues las humanas solas
no se han vestido de dolor funesto: 390
corra inmortal con tan debidas muestras
por todas las demás criaturas vuestras.

»Yo, viendo vuestros ojos celestiales
enflaqueciendo aquella luz hermosa,
y que a fuerza de rojos cardenales 395
de cándido jazmín os vuelven rosa,
suspiro con dolores desiguales,
y, vuelta en mar el alma procelosa,
anego mis sentidos, y despierto
para otra muerte el sentimiento muerto. 400

»En estos pies hallé perdón y cielo,
y no puedo sufrir verlos clavados,
pues los pasos que dieron por el suelo
¡oh, cuán ingratamente son pagados!
Ya como extremos los convierte en hielo 405
la muerte a quien provocan mis pecados.

¡Ay Dios, y cuánto ha sido el error mío,
pues vuelve su calor en hielo frío!

»Pies soberanos, que clavados tiene
mi libertad con ese fuerte clavo; 410
dulcísima de amor fuente perene,
cuya divina diferencia alabo;
pero altamente al ser de Dios conviene,
porque si yo con lágrimas os lavo,
con sangre a mí tan liberal y franca, 415
que me dejáis más que la nieve blanca,

»creed que tengo atravesado el pecho,
y que deciros con dolor podría
la memoria del bien que me habéis hecho.
¡Ay, dulces prendas cuando Dios quería!, 420
yo os vi, yo os abracé con lazo estrecho,
y entonces fue mayor prisión la mía,
que más, aunque este clavo puede tanto,
detiene a Dios de un pecador el llanto.

»¿A qué piedra no mueve el ver desnudo 425
al que ha vestido al sol de luz que enciende
de escama al pez, de pluma al ave, al rudo
animal de la piel que le defiende?;
¿a cuál cordero conducir tan mudo
pueden al sacrificio, como pende 430
vuestro roto divino velo humano
de ese leño sangriento soberano?

»Yo espero verme con memorias tales,
¡oh mi Jesús!, tan rica de pobreza,
que como a los silvestres animales 435
me vista de una vez naturaleza,
que los cabellos con los pies iguales,
entre peñascos llenos de aspereza,
para mi llanto más conforme y útil
me servirán de túnica inconsútil. 440

»Yo lloraré por montes solitarios,
 mi amor, mi bien y mi querido Esposo,
 las varias telas, los vestidos varios,
 que adornaron mi cuerpo y rostro hermoso;
 techos de oro de Ofir, mármoles parios 445
 por pavimento cándido y lustroso,
 tapices palestinos o damascos,
 serán de hoy más los frígidos peñascos.

»Los afeites costosos y sutiles 450
 que parte de la vida me ocupaban,
 y en cristalinos vasos y marfiles
 como tesoros de hermosura estaban,
 las fuertes mudas, los ungüentos viles,
 pinturas que mi rostro matizaban,
 con que quise enmendar su tabla al cielo, 455
 serán de hoy más el sol, el aire y hielo.

»De claro espejo, que me dé consejo,
 haré que sirvan las sonoras fuentes,
 mas dije mal, que Vos seréis mi espejo,
 ¡oh fuente de purísimas corrientes!, 460
 que si con vuestra luna me aconsejo,
 aunque eclipsado sol, los transparentes
 rayos de vuestro amor, profundo abismo,
 me dirán la verdad como Dios mismo.

»En vez de los retratos que tenía, 465
 pintura de los hombres, en que muestra
 su mayor libertad la idolatría,
 tendré en la mía la memoria vuestra;
 y si quisiere la belleza mía
 ver, de pincel valiente y mano diestra, 470
 en una calavera descarnada
 toda mi vanidad veré pintada.

»El hombre más galán que de mis ojos
 era, Señor, entonces celebrado,

los vivos ojos y los labios rojos, 475
 con el cabello crespo levantado,
 aquel preciarme yo de que en despojos
 el vivo me rindiase el retratado,
 huirá de mí como fingida gloria
 con teneros a Vos en la memoria. 480

»Porque no puede haber cosa más linda
 que ese roto desnudo cuerpo santo,
 ni que las almas enamore y rinda,
 y enternecidas las provoque a llanto.
 Al serafín, que más vecino alinda 485
 a vuestro eterno Padre, causa espanto
 ver tal el rostro en que se mira el cielo,
 y aunque me espanta a mí me da consuelo.

»¡Oh soberanas manos celestiales,
 universal remedio de las almas!, 490
 ¿cómo clavadas sois tan liberales
 que dais el cielo sin mover las palmas?,
 ¿por qué razón se espantan los mortales,
 viendo en los orbes de los cielos calmas,
 y parados sus cursos soberanos, 495
 si están clavadas de su Autor las manos?

»Si porque vence Josué, detiene
 el planeta mayor su curso eterno,
 ¿por qué no ha de eclipsarse cuando viene
 Cristo a romper las puertas del infierno?, 500
 mas aunque en esa cruz las manos tiene,
 libre le queda el natural gobierno,
 porque es hijo de Dios, tan bueno y sabio
 que sólo siente el sol su injusto agravio.

»Agua pedís, divina boca hermosa, 505
 calenturas de amor son excesivas,
 si vuestra ardiente sed no es de otra cosa,
 en mis ojos tenéis dos fuentes vivas;

pedisteis agua a una mujer dichosa
 en Samaria una vez, y sus esquivas 510
 manos os la negaron, mas agora
 os dan mis ojos la que el alma llora.

»Ésta es el agua que pedís, Dios mío,
 pues si es ansí, no despreciéis la mía;
 irá como a la mar mi humilde río, 515
 y no será imposible mi porfía;
 que bien podrá llegar la que os envío,
 pues que nacer en vuestros pies solía,
 que cuanto el agua vemos que descende,
 tanto sube después donde pretende. 520

»Llore yo en vuestros pies luego bajando
 la fuente del dolor que me provoca
 hasta el lugar adonde estoy llorando;
 también puede subir a vuestra boca.
 Suba su curso, pues; suba esforzando 525
 su llanto en Vos desde los pies, que toca
 de lluvias una vez al cielo el suelo:
 que pues Dios tiene sed, sécase el cielo.

»Llorar debiera yo, cuando no os viera
 en este triste y miserable estado, 530
 haberos ofendido de manera
 que parece que sólo le he causado,
 pues si se rompe la celeste esfera,
 y parece que el cóncavo estrellado
 se quiere desquiciár de sus dos polos, 535
 ¿por qué se han de parar mis ojos solos?

»No os ofenden a Vos los elementos;
 respeto obediencial todos os guardan;
 obedéceos el mar, tiemblan los vientos,
 nunca en hacer vuestros preceptos tardan; 540
 ni para vuestros justos mandamientos
 por rigores humanos se acobardan,

pues, si quien no os ofende siente tanto,
¿cómo puede excusar mi error el llanto?

»Suban, pues, estas lágrimas y pase 545
su curso al cielo, aunque su sol se asombre,
pues hubo escala, por quien Dios bajase,
haya una fuente, por quien suba el hombre,
para que cuando Dios de sed se abraze,
merezca el hombre tan piadoso nombre, 550
que lágrimas bien saben desde el suelo
llegar a Dios y conquistar el Cielo.

»Aquí podéis llegar los que ofendistes
este Cordero santo, a quien hoy priva 555
amor de la templanza en que le vistes,
pues se queja de sed tan excesiva.
Salid del corazón, lágrimas tristes,
que se seca la fuente de agua viva,
¿mas qué mucho, si está de fuego llena,
y en pura sangre transformó la vena?». 560

Así lloraba Madalena hermosa
al pie del árbol de la vida, cuando
Cristo, con una voz fuerte y piadosa,
a su Padre santísimo llamando,
el alma desató de la dichosa 565
carne mortal, que estaba acompañando:
que aunque la muerte se mostró atrevida,
no fue a vencer sino a quedar vencida.

Estremeciose cuanto el cielo abarca,
temblaron los dos polos con el peso, 570
naturaleza imaginó en el arca,
que en menos ocasión la tuvo en peso;
el mar quiso exceder la antigua marca,
viendo del cielo el inaudito exceso;
el fuego en mil relámpagos se abría, 575
como que a Dios licencia le pedía.

La miserable tierra, en tantos males,
 hasta por los más cóncavos escondes,
 con sus hijas las piedras dio señales,
 siendo ellas hombres y los hombres bronces; 580
 atónitos los montes desiguales
 se desquiciaron fáciles entonces,
 mudando sus nativos fundamentos
 con tener en el centro sus asientos.

Salieron, no a la luz, que no la había, 585
 de los cerrados ya terrestres senos
 muchos santos cadáveres al día,
 que estaban de mirar su lumbre ajenos;
 aparecieron no por sombra fría,
 sino en carne mortal a muchos buenos, 590
 en la santa ciudad en cuyo templo
 dio el roto velo de tristeza ejemplo.

La noche por las horas conocida,
 no por la oscuridad, cubrió la tierra
 de más tinieblas que jamás vestida: 595
 día y no luz caliginosa encierra.
 La licencia a dos nobles concedida,
 el cuerpo santo en su sepulcro entierra
 José piadoso, y un peñasco helado
 parte del monte le dejó sellado. 600

Allí con tierno llanto Madalena
 renueva su dolor. «¡Oh piedra santa!»
 —dice con dulces besos—, «piedra llena
 de tal tesoro y de riqueza tanta,
 bien es que estéis de sentimiento ajena, 605
 porque a tenerle en ocasión que espanta
 a los puros espíritus, recelo
 que teneros quisiérades por cielo.

»Y no era mucho, pues quien dentro encierra
 carne y divinidad de Cristo santo, 610

no es justo que se tenga ya por tierra,
 pues la convierte en Cielo favor tanto.
 En tanto, pues, que la prisión deshierra
 del fiero rey del reino del espanto,
 Cielo seréis, porque se alabe el suelo 615
 que en tal necesidad le prestó cielo.

»¿Qué mucho que dijese aquel profeta,
 ¡oh peñal, que seríades gloriosa,
 aunque digáis que la tenéis secreta,
 si el Autor de la gloria en vos reposa? 620
 Dichosa piedra y que jamás sujeta
 al tiempo se verá vuestra dichosa
 naturaleza, puesto que se alaba
 que hasta las peñas con su curso acaba.

»Mas temo que mirando el lastimado 625
 cuerpo de ese Señor que tenéis dentro,
 de dura piedra en cera transformado
 el rígido rigor de vuestro centro,
 no duraréis por más que fuese helado,
 porque si yo por mis pasiones entro, 630
 más dura piedra fui, más dura y fiera
 y en sus pies me volví de piedra en cera.

»Piedra fui yo, sus pies me transformaron,
 pues ¿qué hará en vos todo su cuerpo junto,
 si no decís que vivo me tocaron, 635
 y que vos le tenéis por mí difunto?
 Mas, si cuando murió se quebrantaron
 las que le oyeron en tan triste punto,
 ¿qué mucho que sintáis más que recelo,
 que ya sois Cielo y es eterno el Cielo? 640

»Quedad, pues, piedra a Dios; mas ¿quién quedara
 por piedra y de sepulcro le sirviera,
 aunque el alma llorando destilara,
 y en transparentes urnas convirtiera?

No como agora mármol ocultara, 645
que quien os ama, mi Jesús, os viera,
porque ninguno alcanza a veros tanto,
como por el cristal de un tierno llanto».

Llegada, pues, la hora decretada,
en que el Rey soberano determina 650
unir al cuerpo el ánima sagrada,
impasible morada cristalina,
salió del limbo en pura luz bañada,
y recogiendo por virtud divina
la sangre, que importaba para efecto 655
de aquella integridad de hombre perfecto.

Su santo corazón vivificando,
y espíritus vitales recibiendo
su cuerpo hermoso fuese levantando,
y, glorioso, mil rayos esparciendo, 660
que en la primera unión del cuerpo entrando
fue en sí mismo la gloria deteniendo,
mas esta vez le comunica tanta,
que con los cuatro dotes se levanta.

No bien el alba del luciente día 665
por las espaldas de los altos montes
con la primera luz resplandecía,
clarificando varios horizontes,
aunque donde jamás entrar solía,
vieron Cocitos, Letes y Aquerontes 670
la de otro Sol mayor, pues el de Cristo
fue en las tinieblas del infierno visto,

cuando al sepulcro Madalena vuelve
con fe divina y amoroso llanto,
y mirándole abierto, se resuelve 675
con Pedro y Juan comunicar su espanto.
Las palabras en lágrimas envuelve,
y al clavero del Cielo y al que tanto

fue en ser amado de Jesús felice,
con mil singultos amorosos dice: 680

«Llevaron al Señor, yo he visto abierto
su sepulcro santísimo y quitado
el grave mármol de que fue cubierto;
el Sol por mis pecados eclipsado;
el cóncavo peñasco descubierto 685
vieron mis ojos y la piedra a un lado,
que es de faltar indicio manifiesto:
¡ay de mí, que no sé dónde le han puesto!».

Cual suelen de alcanzarle codiciosos,
correr al palio dos, fijado en frente 690
con pasos y deseos tan furiosos
que el duplicado anhélito se siente,
y esforzando los nervios polvorosos
bañar en aire el cuerpo diligente,
y sin dejar estampa de su planta, 695
saber por el rumor cuál se adelanta,

tal iban Pedro y Juan, pero en efeto,
quedose el viejo atrás y desde afuera
miró los lienzos Juan, e hizo conceto 700
de que estaba su Sol en otra esfera.
Pedro llegó y entró lo más secreto
de aquella piedra, como piedra era,
aunque pudiera Juan, pues había visto
abierto el pecho de la piedra, Cristo.

Entró también mirando a Pedro dentro, 705
y luego que los dos juntos hallaron
lienzo y sudario en el dichoso centro,
creyeron los misterios que ignoraron
y saliendo a los otros al encuentro,
la esperanza y la fe les confirmaron; 710
Madalena, entre tanto, al monumento
volvió otra vez con tierno sentimiento.

Estando, pues, llorando, alzó los ojos
 para mirar aquel lugar sagrado,
 que es muy propio de un triste a los despojos 715
 de las memorias de su bien pasado;
 con rostros blancos y cabellos rojos,
 y el cuerpo en nieve cándida bañado,
 vio dos hermosos ángeles que hacían
 oscuro el sol, que ya los montes vían. 720

Estaba el uno al pie del lugar santo,
 y el otro a la cabeza, donde puesto
 fue el cuerpo hermoso, dando al aire el manto
 de mil estrellas fúlgidas compuesto.
 «Mujer» —le dicen—, «tan profundo llanto, 725
 ¿qué causa tiene?». A quien con rostro honesto,
 de la pregunta en púrpura teñido,
 responde y crece el llanto el bien perdido:

«A mi Señor, amigos, me han llevado,
 y dónde le pusieron no he sabido; 730
 mirad si es justo el llanto y el cuidado,
 pues no tengo más bien del que he perdido».

Pero volviendo el rostro vio su amado
 Cristo Jesús, al exterior sentido,
 representado en forma de hortelano 735
 el impassible cuerpo soberano.

Abrió el Señor el cielo de su boca,
 y díjole: «Mujer, a llorar tanto,
 ¿qué causa en este sitio te provoca?,
 ¿qué vas buscando con tan tierno llanto?» 740
 «Señor» —responde—, «si de aquesta roca
 sacaste por ventura el cuerpo santo
 de mi difunta vida, dime adónde
 le tienes puesto y qué lugar le esconde.

»Dime, hortelano, ¿dónde está mi Esposo? 745
 Así con aguas puras sucesivas

hagan los cielos fértil y abundoso
 este campo que siembras y cultivas,
 para que yo le saque del dichoso
 lugar que ocultas y en que de Él me privas, 750
 y al alma, que dio vida la luz suya,
 aquel divino cuerpo restituya.

»Dame mi bien, si te lastima el verme
 y piadoso pretendes remediarme,
 porque sin Él no tengo de volverme, 755
 ni de estas peñas ásperas quitarme.
 Aquí pienso llorando deshacerme;
 tanto puede su amor solicitarme;
 si sabes qué es amor, dame piadoso
 mi bien, mi luz, mi amor, mi Dios, mi Esposo». 760

El Príncipe del Cielo, que tenía
 con los divinos dotes de su gloria
 bañado el cuerpo, respondió: «María»,
 y corrió la cortina a su memoria.
 Entonces ella, al Sol, que ya volvía 765
 de la tiniebla eterna con victoria,
 reconoció, de aquella luz movida,
 que dio a los cielos movimiento y vida.

Cual suele el pastorcillo, que dormido
 estaba en verde selva, abrir los ojos, 770
 y de improviso al sol recién nacido
 la corona mirar de rayos rojos,
 así miró su amor de luz vestido,
 Madalena dichosa, y los despojos
 mortales ya impasibles y seguros, 775
 resplandecientes, cándidos y puros.

Vio aquella blanca frente y ojos bellos,
 y a los hombros en partes dilatados
 los nazarenos rayos, o cabellos,
 de los que el sol adornan envidiados; 780

los pies hermosos y en la nieve de ellos
 dos claveles de púrpura engastados,
 y como prendas a quien tanto debe
 su amor, su fuego codició su nieve.

Aquí os hallé, divina Madalena, 785
 y así os quiero dejar en pies tan bellos,
 pues lo que los debéis también me ordena
 que si os hallé en sus pies, os dejé en ellos.
 Mas si no los tocar os causa pena,
 con el llanto, la boca y los cabellos, 790
 presto veréis qué gloria, qué alegría
 coge quien siembra lágrimas, María.

Fílida, yo canté las más hermosas
 lágrimas de dolor que ha visto el suelo
 de un alma arrepentida, y tan dichosas 795
 que muchas de ellas ha envidiado el Cielo.
 Resta que tú, que yo, que las piadosas,
 o las que el ciego error convierte en hielo,
 con su ejemplo santísimo, lloremos
 no haber llorado, y que llorar debemos. 800

[106]

*Tiempo, lugar y ventura
 muchos hay que le han tenido,
 pero pocos han sabido
 gozar de la coyuntura.*

GLOSA

Quien para volver en sí, 5
 en la muerte quiere hallar
 tiempo, ventura y lugar,
 y tiene esperando ansí
 a Dimas por ejemplar;

quien para entonces procura 10
 misericordia segura,
 mire que de dos que son
 alcanza sólo un ladrón
tiempo, lugar y ventura.

Si se condena de dos, 15
 cuando Cristo muere, el uno
 que aguarda tiempo oportuno,
 aunque no desprecia Dios
 al hombre en tiempo ninguno;
 que, puesto que es justiciero, 20
 siempre tan piadoso ha sido,
 que el remedio, aunque ofendido,
 en el aliento postrero
muchos hay que le han tenido.

Mas quién sabe de qué suerte 25
 estará el alma oprimida
 en aquel trance tan fuerte,
 si tal como fue la vida,
 se suele seguir la muerte;
 que ya cerca de anegarse 30
 en el mar de eterno olvido,
 faltos de aliento y sentido,
 muchos quisieron salvarse,
pero pocos han sabido.

Cristo, a quien le llama, viene; 35
 sus brazos, gracia y perdón
 al que llora ciertos son;
 mas no vendrá si no tiene
 tan justa disposición;
 alma, predicaos a vos 40
 que la cosa más segura
 es, mientras la vida dura,
 volviéndose un hombre a Dios,
gozar de la coyuntura.